

placencia mundana nos obliga á parecer viciosos, aunque llevemos en nosotros las preciosas semillas de la virtud. Dios mio, ¿cabe mayor ni más contagioso escándalo? Esto es lo que movió á aquel generoso macabeo, el invicto Matatias, y lo que le excitó para hacer una acción que canonizó el Espíritu Santo, y que hará eterna su memoria. Vió un israelita que por una infame complacencia adoraba el ídolo públicamente: vióle, y arrebatado de un celo de Dios, que se convirtió en indignación, previno esta impiedad con dos sacrificios en uno; sacrificando sobre el mismo altar del ídolo, no solamente al impio israelita, sino al pagano que le forzaba á que lo fuese; y consagrando su cólera con la muerte de estas dos víctimas, que por orden de Dios sacrificó á la venganza de su nombre. ¿De dónde le vino este ímpetu de celo? del dolor que se apoderó de su alma; de pensar que el ejemplo de este sacrilegio sería luego seguido de otros muchos; y de la reflexion que hizo, que, en ocasion tal, el escándalo de uno solo tolerado y dejado sin castigo, bastaba para hacer caer toda la nacion.

¡Ah, hermanos míos! declaraos con santa libertad por la ley de Dios y sus máximas. Jesucristo proclama bienaventurado al que no se escandaliza de él; y por una consecuencia natural, declara desgraciados á aquellos hombres cobardes y complacientes con el mundo, que no se atreven á defender su causa, y se escandalizan de su doctrina y moral. Si por una débil complacencia fueseis infieles á vuestro deber, el mundo mismo sería el primero en condenaros. En vuestra presencia ensalzará hasta vuestros caprichos; pero detrás, hará sospechosas hasta vuestras mejores prendas, como si se arrepintiera de haber alabado con falsedad unas virtudes falsas. Condenadle, pues, vosotros con vuestras palabras y acciones; y esta condenacion os hará dichosos acá en la tierra, y será una prenda preciosa de la recompensa eterna que nos está prometida en el cielo.

DIVISIONES.

COMPLACENCIA. — La gente del mundo está ciega cuando se complace en el pecado.

Los mundanos son hipócritas cuando muestran complacencia por la virtud.

Los mundanos se vuelven libertinos cuando se les lisonjea.

COMPLACENCIA. — La complacencia es siempre generosa cuando es fruto de un amor santo.

La complacencia es siempre ineficaz cuando nace de un amor desordenado.

COMPLACENCIA. — Lo más indigno en un eclesiástico es la complacencia mundana.

Lo más digno en un eclesiástico es la complacencia apostólica.

Véase: RESPETO HUMANO.

COMUNION.

(DISPOSICIONES PARA LA)

I.

Probet autem seipsum homo; et sic de pane illo edat.

Por tanto pruébese el hombre á sí mismo; y así coma de aquel pan.

(Corint. xi, 29.)

Si alguna vez puedo subir á este púlpito altamente dolorido de la muerta, ó casi muerta fe de innumerables cristianos, es seguramente en este día, en que vengo á explicaros las disposiciones necesarias para recibir dignamente á nuestro soberano Señor sacramentado. Este Dios es aquel, amados míos, en cuya presencia cubren su rostro de puro respeto los serafines, las potestades del cielo tiemblan, y todos los espíritus angélicos se postran. Este Señor es á quien adoran las vírgenes, los confesores, los mártires, los patriarcas, profetas, apóstoles y demás santos de la gloria. Este gran Dios es á quien los mortales reciben en su pecho: su deificada carne comen y su sagrada sangre

beben cuantos de este adorable sacramento participan; pero ¿cuál es la fe, la humildad, la devocion, la reverencia, el respeto y el amor con que muchos cristianos le reciben? ¿cuál su exterior compostura y su pureza interior al acercarse á tan sagrada mesa? Hay una tibieza suma, un cañamiento de ánimo que asombra, una indiferencia que atemoriza, y un corazon, en algunos, sujeto á la culpa y siervo del demonio. No parece sino que en el Sacramento, que es con toda propiedad un misterio de la fe, es donde esta teológica virtud más se ha debilitado. No os digo por esto que os falte la creencia, de que en el augusto sacramento de la Eucaristía existe real y verdaderamente el cuerpo y sangre, la divinidad y humanidad de nuestro Señor Jesucristo; porque, en tal caso, ya habriais naufragado en la fe, como los herejes pertinaces: lo que pretendo, sí, es llamar vuestra atencion, es reanimar vuestra fe con estas pavorosas palabras del grande apóstol S. Pablo. «Sabed, decia á los fieles de Corinto, que Jesucristo nuestro Señor, en la misma noche en que fué entregado por Júdas á los judíos, estando sentado á la mesa con sus apóstoles, y queriéndoles dejar una gran prenda de su amor; tomó el pan en sus manos; y habiendo dado gracias á Dios su Padre, lo partió, y dijo á todos aquellos que estaban en la mesa con él: tomad y comed: este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó tambien el cáliz, despues de haber cenado, diciendo: este cáliz es el nuevo Testamento en mi sangre; haced esto en mi memoria, siempre que lo bebais; porque siempre que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciareis y representareis la muerte del Señor, hasta que venga á juzgar á los vivos y á los muertos. Considerad la gran preparacion que se necesita para llegaros á esta santa mesa; porque cualquiera que come el pan y bebe el cáliz del Señor con conciencia de pecado mortal, no es ménos culpable que Júdas, y entrega alevosamente, como él, el cuerpo y sangre de su Dios. Examinad, pues, vuestro corazon, y despues comed este pan y bebed este cáliz; porque os hago saber: que el que indignamente come y bebe, echa sobre sí la eterna condenacion, en vez de promover su salvacion eterna.»

Por estas palabras, á la verdad tan provechosas, nos manda el santo apóstol procurar las disposiciones necesarias para llegar debidamente á la comunión: *Probet autem seipsum homo*: pruebe el hombre muy bien si en su alma se halla la divina gracia, la actual devocion y deseo de recibir al Señor; y entónces coma de este pan que bajó del cielo y da vida al mundo: *Et sic de pane illo edat et de calice bibat*; Pruébese el hombre á sí mismo, y examine si en su cuerpo resplan-

dece la limpieza exterior é interior, cual conviene tenga el que haya de comulgar y entónces comulgue: *Et sic de pane illo edat et de calice bibat*; pero entienda: que si le faltan estas dos disposiciones, una, de parte del alma, y la otra, de parte del cuerpo, no debe pensar en recibir la sagrada Eucaristía, porque cometeria un gran pecado de sacrilegio; y comeria y beberia su juicio y su condenacion: *qui autem indigne manducat et bibit, judicium sibi manducat et bibit*. Ved ahí las dos disposiciones necesarias para comulgar dignamente. Empecemos á explicar la primera, que pertenece al alma. A. M.

1. Jesucristo instituyó la sagrada Eucaristía bajo los símbolos, ó especies de pan y vino. Podia darnos su carne y su sangre de otras muchas maneras; más escogió esta, segun los santos Padres, como la más propia para hacernos comprender las disposiciones con que nos hacemos dignos de acercarnos á ella. Es, pues la sagrada Eucaristía, con respecto al alma, lo que el pan y el vino son con respecto al cuerpo. A fin de que á éste le aprovechen los alimentos, es necesario, lo primero, vida en el sugeto; porque el alimento no la da, sino que la supone, y su uso es conservarla. Lo segundo, ha de estar sano: los alimentos sólidos, como el pan y el vino, no convienen á un enfermo ni á un extenuado. Lo tercero, ha de estar hambriento y sediento: el alimento, tomado sin apetito y con hastío, no aprovecha, antes bien aumenta el tedio y produce indigestiones. Apliquemos al alma estas tres cosas, y tendremos la divina gracia, la actual devocion, y el deseo de recibir al Señor: que son las tres disposiciones que pertenecen al alma, y que insinuámos poco hace.

Primera disposicion: estar vivo. Jesucristo, en la Eucaristía, es pan del alma: para alimentarse de él, es preciso que ella tenga vida. La vida del alma es la divina gracia, sin la cual muere espiritualmente; es la justicia, es la caridad, es el santo amor de Dios que nos une á su divina Majestad, y que se halla esparcido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que habita en nosotros. La vida espiritual nos fué dada en el sagrado Bautismo: si hemos tenido la desgracia de perderla, puede y debe recobrase en el sacramento de la Penitencia; pero ya sea conservada, ya recobrada, siempre es preciso tener vida para comulgar; es menester estar en gracia de Dios; es preciso que el Espíritu Santo, habitando en nosotros, sea alma de nuestra alma y el principio de sus movimientos; es menester que la voluntad de Dios sea la regla de nuestras acciones, y que el fin sea su gloria; en una palabra: es menester que vivamos en Dios por la fe, la esperanza y la caridad, y que Dios habite en nosotros por la gracia.

¡Ay de aquellos que se atreven á comulgar sin haber confesado sus graves culpas! Más les valiera no haber nacido, que hallarse en un estado tan triste, como lo dijo Jesucristo hablando de Judas: *Melius erat illi, si natus non fuisset.* MATTH. XXVI, 24. ¡Ay de aquellos, que aunque se hayan confesado, no ha sido fructuosamente, por no haber restituido, pudiendo, los bienes de su prójimo; por no haber pagado, teniendo con qué, sus legítimas deudas; por no haberse reconciliado con sus enemigos; por no haber arrojado de su voluntad y compañía la ocasion de su ruina espiritual; por no haberse resuelto á huir las ocasiones del pecado; y, en una palabra, por no haber tratado séria y eficazmente de la enmienda de su mala vida: *Recedite, recedite, exite inde.* ISAI. LII, 11. Apartaos, separaos de la sagrada mesa, cuantos os hallais en ese estado de muerte por la culpa. No comais ni bebais vuestro juicio y condenacion: *Qui enim manducal et bibit indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini.*

Segunda disposicion: estar sano. Las pasiones, afectos é inclinaciones desregladas son las enfermedades del alma: entre estas enfermedades hay algunas que son mortales, porque dominan en el alma, dejándose arrastrar de ellas voluntariamente, y extinguen la caridad, que es su vida: otras no causan por sí la muerte, y pueden subsistir con la caridad; pero la debilitan, apagan el espíritu de devocion, y contristan al Espíritu Santo. Lo que llamamos *salud del alma*, consiste en estar exento de los afectos é inclinaciones de la segunda clase, y esto es lo que vamos á explicar, para que consigais la actual devocion.

En este mundo, ningun hombre puede vivir exento totalmente de pecado: los más justos cometen faltas que se llaman veniales: éstas no hacen perder la caridad, pero se encaminan á debilitarla; y, en efecto, la debilitarian, si los justos, por el uso que hacen de sus mismas faltas, no previniesen sus perniciosas consecuencias. Pero advertid, que hay dos especies de justos: unos, que son fuertes y robustos, esto es, fervorosos y llenos de amor de Dios; y otros débiles y flacos, quiero decir, descuidados y negligentes en el servicio de Dios. Unos y otros cometen faltas; pero en los primeros son de sorpresa é inadvertencia, las que remedian luego que las advierten; gimen y se humillan delante de Dios, se castigan á sí mismos con obras de penitencia, son en lo sucesivo más vigilantes, más humildes y más atentos á los auxilios de Dios; y estas faltas, por un efecto de la divina misericordia, contribuyen á conservar en el corazon aquel continuo gemido, que es el alma de la oracion, y que trae sobre ellos las más abundantes gracias. Este es el estado, que llamamos salud del alma;

estado de sólida y verdadera devocion; estado muy diferente del de los justos débiles y enfermos. Estos no quisieran, igualmente que los justos fervorosos, perder la gracia de Dios por algun pecado mortal: aborrecen entregarse á pasiones criminales; pero se dejan arrastrar de sus inclinaciones, hacen poco caso de sus faltas cotidianas, se descuidan en combatir sus afectos, y viven dominados de la tibieza. De estas dos especies de justos, solamente los primeros hallan en el pan celestial su alimento y sus fuerzas: á los segundos, es menester auxiliarlos con ciertos ejercicios de piedad para encender su devocion. Escuchadme lo que habeis de hacer antes de comulgar, comulgando, y despues de haber comulgado.

Purificadas ya vuestras conciencias por una buena confesion general, ó particular, ayunad, dad una limosna, retiraos á la víspera de la comunion de toda conversacion que no sea precisa; leed en algun buen libro, y dedicaos por la noche á la oracion; y cuando despertéis por la mañana, imaginad que os dice Jesucristo lo mismo que á Zaqueo: *Zachee, festinans descende, quia hodie in domo tua oportet me manere.* LUC. XIX, 5: apresúrate á bajar, porque es preciso que yo me aloje hoy en tu casa. Responded de lo más íntimo del corazon con una admiracion llena de fe: «¿Es acaso creible, oh Dios mio, que querais habitar con los hombres? Si el cielo y los cielos de los cielos no son capaces de conteneros; cuánto ménos esta casa que yo os he preparado!» II. PARAL. VI, 18. Decidle tambien aquellas bellas palabras de S. Agustin: «La casa de mi alma es muy estrecha y pequeña para tan gran huésped como vos, oh Señor y Dios mio; pero yo os suplico que la ensancheis, para que sea capaz de recibirlos. Ella se está arruinando; pero yo os suplico que la repareis. Hay en ella infinitas cosas que ofenderán vuestra vista: lo sé y lo confieso; pero ¿quién puede purificarla sino vos solo? y ¿á quién recurriré sino á vos? Purificadme, Señor, de mis ofensas secretas y ocultas. L. I, CONF. V.» Id luego á la iglesia, y decid al entrar en ella: «Señor, por un efecto de vuestra infinita misericordia, yo entraré en vuestra casa, y os adoraré en vuestro santo templo, penetrado de vuestro temor.» Acercaos al confesonario, si teneis algun remordimiento de conciencia; oid despues la santa misa con toda modestia, atencion y devocion; y en el momento de comulgar, avivad vuestra fe, y procurad la humildad del Centurion, cuando decia: *Señor, yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada; más por vuestra divina palabra mi alma será sana, salva y perdonada.* Imitad tambien el asombro y admiracion de S. Pedro, cuando decia: *Tu mihi?* ¿Tú, Señor, de los cielos y la tierra, venir á mí, criatura miserable

y pobre pecador? No, Señor; no lo merezco; apartaos de mí, que no parece justo que el Santo de los santos, el Todopoderoso, el Dios de los ejércitos, el sapientísimo Dios, el principio eterno de todas las cosas, se humille hasta el polvo de la tierra. Pero haceis bien, Dios mio: venid, que muy justo es que el médico visite á los enfermos, el sábio instruya á los ignorantes, el rico favorezca á los pobres, y el Criador ampare á sus criaturas.

Con estas y otras oraciones afectuosas se enciende el corazon en el santo amor, la devocion se aumenta y se comulga dignamente; y en estos mismos afectos se persevera despues de haber comulgado, reconociendo el beneficio que acabais de recibir, admirando el exceso de su bondad, excitándose á amarle más y más, suplicándole permanezca con vosotros para siempre, representándole vuestras necesidades y las de todos vuestros prójimos, para que las socorra, y procurando que una comunion sirva de preparacion para la otra.

Y ved ahí como se consigue tambien la tercera disposicion, que es una hambre y sed saludables de recibir el adorable Sacramento, á semejanza de cuando el cuerpo tiene un grande apetito del alimento y la bebida. Ciertamente para estar un cuerpo en su perfeccion, no es suficiente que esté vivo, porque estándolo, puede hallarse enfermo, lleno de dolores y llagas, y hecho una miseria; debe, además, estar sano; y aun no es bastante, si además de la salud no tuviese tambien un apetito vivo y sazonado, para que le sirvan y aprovechen los alimentos. ¿De qué servirian éstos, por más exquisitos y sabrosos que fueran, á una persona desganada y con hastío? De nada más que de tormento. A este modo es el alma: además de estar viva por la divina gracia, debe estar sana por la actual devocion y ejercicio de las virtudes; y entre ellas debe resplandecer un santo deseo de acercarse al Señor, de unirse á su Dios, recibiendo este admirable sacramento con aquella ansia, dice S. Juan Crisóstomo. HOM. LXXXII IN MATTH., con que los niños, cuando están hambrientos, se abalanzan al pecho de sus madres para alimentarse con aquella sabrosa leche, por la que tanto lloran y suspiran. Un alma adornada de estas tres bellas disposiciones comulga dignamente, porque está viva, está sana y está con buen apetito; esto es: se halla viva con la divina gracia, se halla sana con el ejercicio de las santas virtudes, y se halla con buen apetito por el grande y provechoso deseo de comulgar. El Espíritu Santo, que habita en ella, la instruye de todo, el amor se lo enseña todo; y no hay mejor método que proponerle, que el aconsejarla frecuente tan sagrada mesa, y escuche á su Dios, que le hablará

al corazon, pidiendo gracia para seguir los movimientos santos que le inspire.

2. Pasemos ya á explicaros las disposiciones exteriores, ó que pertenecen al cuerpo. Entre las cuales, la primera, y que obliga gravemente, es ir á comulgar en ayuno natural: éste consiste en no haber tomado ni pasado desde la boca al estómago cosa alguna por modo de comida ó bebida, ó medicina, desde las doce de la noche, en que empieza la santa Iglesia romana á contar el dia, y esto aunque sea en cortísima cantidad; pues el ayuno natural no admite parvedad de materia, como el ayuno eclesiástico, segun consta del santo Concilio constanciense, en la sesion trece. De este precepto ya sabeis que están dispensados los enfermos que reciben á su divina Majestad como viático; pero no aquellos que le reciben por devocion, aunque se hallen en cama y con alguna enfermedad habitual. Aquí suelen proponerse varias dificultades de si se quebrantaria, ó no, el ayuno natural, tragándose, sin querer, alguna gota de agua al lavarse el rostro ó la boca, alguna gota de sangre que saliese casualmente de las encías, ó alguna cosa de las que no se comen ni beben, etc. Pienso, amados míos, que no urgiendo alguna grave necesidad de comulgar, debemos cortar todas estas cuestiones, suspendiendo la comunion para otro dia. En esto vamos conformes con el santísimo pontífice Benedicto XIV, el cual dice: que siempre que tengamos duda de si hemos perdido, ó no, el ayuno natural, nos abstengamos de comulgar.

La segunda disposicion es perteneciente á los casados, á quienes exhortan los santos Padres á vivir en continencia en los dias que se acercan á los sagrados misterios. Si el grande apóstol san Pablo aconseja la abstinencia del santo matrimonio á los casados para dedicarse á la oracion, I. Ad cor. VII, 5; ¿con cuánta más razon deberán abstenerse para recibir al Hijo de la Virgen, que tan entrañablemente ama y recomienda la castidad? De aquí infieren santo Tomás y san Buenaventura, que es digno de alabanza el que se abstiene de comulgar por haber experimentado la noche antes alguna representacion torpe en sueños, aun cuando sea sin pecado en sí, ó en su causa, porque en este caso impediria necesariamente la comunion. Son laudables, dicen, aquellas personas que por reverencia se abstienen de recibir el adorable Sacramento en el caso dicho, aunque acontezca sin pecado. Tambien es consejo del mismo santo Tomás, con san Agustin, que deje pasar algunos dias entre la confesion y comunion, el que hubiere cometido graves pecados; para emplear aquel tiempo

en el dolor, las lágrimas y los saludables ejercicios de la santa penitencia, para recibir con más reverencia al Señor.

La tercera disposicion pertenece al vestido, manos y rostro, procurando con una modestia ejemplar evitar dos extremos reprehensibles; conviene á saber: el demasiado adorno y compostura, y la suciedad y desaliño. No se ha de venir á la iglesia hechas un asco; pero tampoco tan adornadas como si fueran al baile, ó á la comedia. Contra las personas que concurren á la iglesia llenas de vanidad, soberbia y orgullo, por la elegancia y demasiada cultura de sus vestidos, se llenaba de zelo san Juan Crisóstomo, por el respeto debido á la casa de Dios; y sagradamente airado les decia: *Accedis obsecrans Deum, et circumducis aurum?* ¿Vienes á postrarte como rea delante de Dios, y te adornas con exceso? ¿Has venido al baile, ó al teatro? *Num saltare venisti? num ad spectaculum accessisti?* No es razon, señoras mujeres, que deis motivo á los ministros de Jesucristo, para que os reprendan tan severamente. Procurad que vuestros vestidos sean limpios, honestos, modestos, y nada habrá que censurar en vuestro adorno.

La cuarta y última disposicion, con respecto del cuerpo, es el recogimiento de los sentidos, y la edificante modestia con que debéis estar en el templo santo de Dios: antes de comulgar, cuando esteis comulgando, y despues de haber recibido á su divina Majestad.

No nos resta ya otra cosa que el postrarnos delante de Dios, y decirle con todo el afecto de nuestro corazon: «No es para un hombre mortal, para quien preparamos la habitacion, sino para vos, que sois nuestro Dios y criador, y nosotros mismos somos vuestra morada. Toda atencion y cuidado son poco para prepararnos á recibirlos; y de vuestra misma bondad han de proceder las disposiciones que nos preparan debidamente á la sagrada comunión. Vos las ordenais, y solo vos mismo nos las podeis conceder: dadnos pues, Señor, lo que mandais. Enseñadnos vos mismo, con que pureza de cuerpo, modestia y recogimiento debemos ponernos en vuestra presencia. Concedednos aquella pureza de corazon, sin la cual se encuentra con la muerte, recibiendo la vida. Concedednos el que nos probemos á nosotros mismos, y sondeemos nuestro propio corazon, para examinar si vive, reina y domina en él vuestro amor con preferencia á todo. Haced que aquellos de entre nosotros, que han tenido la desgracia de perder por el pecado el precioso tesoro de la justicia, consigan la gracia de recobrarla por una sincera penitencia, que restableciéndolos en los privilegios del bautismo, les adquiera el de-

recho de sentarse en vuestra mesa con vuestros hijos. Dadnos á todos la santidad con que quereis sea adornada vuestra casa; purificad nuestra alma de las menores faltas; destruid los afectos que nos arrastran á ellas; haced que los lloremos sinceramente en vuestra divina presencia, y que sin cesar procuremos reprimirlos y destruirlos. Quitad de nuestros corazones cuanto pueda desagradaros y hacernos indignos de recibirlos: dadnos la hambre y sed de la justicia, el ardiente deseo de unirnos á vos con una caridad heroica, que cada vez vaya en mayor aumento. Dadnos, finalmente, una viva fe, una firme esperanza, una ardiente caridad, una profunda humildad y un perfecto reconocimiento, para que despues de haberos recibido acá abajo, oculto bajo el velo de este adorable Sacramento, tengamos la felicidad de veros sin nubes en la gloria celestial, donde sereis nuestra alegría y felicidad con vuestro Padre y el Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Amen.»

COMUNION.

(FRECUENCIA DE LA)

II.

Homo quidam fecit cœnam magnam, et vocavit multos.

Un hombre dispuso una gran cena, y convidó á muchas gentes.

(*Luc. xiv, 14.*)

Este banquete de que habla el Evangelio, no es otra cosa, segun la más comun interpretacion de los Padres, que el adorable sacramento de nuestros altares. Este es un gran banquete. Grande, por la excelente calidad de la comida y bebida que en esta cena se suministra;